las contestaciones. "Colombia me ha dado una respuesta negativa, pero en términos moderados; Costa Rica, una respuesta igualmente negativa, pero en términos insolentes (*); Bolivia me ha hecho decir, con mucha cortesía, que tomaba mi proyecto en grande consideración. En cuanto a Chile, al Perú y a los otros Estados, no se han dignado siquiera enviarme una nota de recibo". Y agrega: "Empero, ¿qué importa esto? Dios no tiene necesidad ni de nosotros, ni de nada, para cumplir sus promesas, y él las cumplirá a despecho del infierno y de sus satélites los francmasones, que, por medio de los gobernantes, son más o menos dueños de toda la América, a excepción de nuestra patria."

Pío IX contesta el 21 de marzo de 1871, con una hermosa carta al "espléndido testimonio de fidelidad, adhesión y respeto a la Santa Sede", y le otorga una excepcional condecoración. García Moreno ha dado la mayor publicidad a su protesta, y el mundo católico se conmueve. El Ecuador deja de ser una tierra incógnita para convertirse en un pueblo noble y caballeresco, y Gabriel García Moreno se eleva a la condición sublime de un Don Quijote de la Iglesia y de la Fe.

Tomado de la 'Vida de don Gabriel García Moreno", por Manuel Gálvez. Páginas 334/336.

---

# Winston Churchill en la guerra y en la paz

**Por Harol J. Laski**

Londres, 30 de noviembre de 1943.

Ningún ciudadano de la Gran Bretaña que ame a su patria, puede negar la inmensa deuda que su país tiene contraída con Mr. Churchill. Se hizo cargo de sus destinos cuando el porvenir parecía más oscuro que en ninguna otra época después de la histórica batalla de Austerlitz. Salvo el apoyo de los otros miembros de nuestra comunidad nacional, durante todo un año, nuestro pueblo se erguía solo. Después del colapso de Francia, muchos creyeron que la Gran Bretaña se rendiría. Todas las ventajas—en materia de fuerza numérica, en equipos, la de tomar la iniciativa, la destreza en el arte de la guerra en tierra, la preparación y la técnica perfectamente organizada—las tenían los alemanes.

El Laborismo le abrió los brazos a Mr. Churchill como Primer Ministro, pero durante algún tiempo su ascensión al Poder no provocó entusiasmo en las filas de su propio partido; cuando llegaba a la Cámara de los Comunes para tomar parte en algún debate, los aplausos con que le recibían los conservadores, eran puramente protocolarios. Y sin embargo, pocos

(*) *N. de D.*—Pronto daremos a conocer esa nota del V.·. Maestro de la Masonería Dr. Montúfar.

meses después, su energía y su indomable valor habían despertado en su pueblo el espíritu de la resolución absolutamente inquebrantable. Plasmó la unidad nacional; fomentó la resolución de morir antes que rendirse la cual, como sucedió en las semanas que duró la memorable batalla de la Gran Bretaña, rechazó toda posibilidad de que pudieran triunfar los nazis. Para el mundo exterior, la suerte de la Gran Bretaña quizás pareció depender de un hilo; para sus propios conciudadanos, la confianza en el triunfo nació en la hora en que, más allá de sus costas, la derrota parecía materialmente inevitable.

Ese es el triunfo de Mr. Churchill que no se debe a ningún otro hombre. Confesando, como lo confesaría él mismo antes que todos, que nuestro pueblo en el aire y en el mar, en los campos y en las fábricas hizo proezas que parecían imposibles, es innegable que fué bajo la inspiración de su brillante e incomparable jefatura que logró hacerlas. Las derrotas no influyeron en su ánimo en ninguna forma; y desde los aciagos días de Bonaparte, ningún Primer Ministro se había visto obligado a dar cuenta oficialmente de tantísimos desastres. Noche tras noche nuestras ciudades eran bombardeadas sin tregua ni descanso; día tras día, hombres y mujeres, con los ojos hinchados a causa del cansancio, llegaban medio muertos a su trabajo. Durante ese año se hicieron sentir el espíritu valeroso, la camaradería y la inquebrantable fe que tal vez tengan paralelos en la historia, pero que jamás han sido superados.

Mr. Churchill presenció poco a poco el despertar del mundo respecto de lo que significaba esa lucha. El echó los cimientos de la sociedad Anglo-Americana, que la traición japonesa llevó a su culminación en el alevoso ataque contra Pearl Harbor; fué él quien, el 22 de junio de 1941, llegó a la cumbre, cuando de una sóla vez, y para siempre, borró la larga y mísera historia de la incomprensión Anglo-Soviética, reconociendo ampliamente los errores que había cometido de 1917 a 1920. La tenacidad, la fe y su incansable celo, los demostró en forma tan elocuente, que todos nosotros le perdonamos sus errores, para recordar únicamente, que si le apoyábamos, la destrucción de Hitler y de Mussolini no sería un sueño, sino una realidad inevitable.

No trato de negar la inmensa deuda que todos hemos contraído con el pueblo ruso ni lo que debemos en no menor proporción a la voluntad de acero de su inflexible jefe. Mido lleno de humilde gratitud, la contribución, primero en recursos, y después en hombres, que han proporcionado los Estados Unidos y la extraordinaria clarividencia y magnanimidad de su Presidente, el cual provocó la eficaz movilización de su gran país. Si alguien dijese que hemos ganado tiempo a costa de millones de vidas rusas en un teatro de la guerra y a costa de millones de vidas chinas, en otro, lo reconocería respetuosamente. Si se me pide que reconozca que sin Stalin y sin Chiang Kai Shek, sin Franklin Roosevelt y si así se me permite expresarlo, sin el espíritu que ha animado a los pueblos por efecto de una tradición tan antigua como Pericles—si se me pide que reconozca que sin todo esto Winston

Churchill hubiera fracasado y que Hitler y su pandilla de asesinos se hubieran pavoneado en la derrotada ciudad de Londres, como se han pavoneado en la derrotada ciudad de París, lo reconocería enseguida. Pero lo reconocería añadiendo—y como inglés, añadiendo con muy legítimo orgullo—que él no necesitó oír esas voces; más bien, en el curso de una larga y amarga campaña, fué Mr. Churchill quien los llamó, en discursos que forman ya parte del imperecedero testamento de la libertad Británica, para que acudieran a su lado. Es gloria exclusiva de él que entendió perfectamente el desafío lanzado por el enemigo y que no rehuyó la responsabilidad de ese desafío, cuando otros trataron de engañarse, creyendo discernir en la salvaje pesadilla de la barbarie de un criminal empedernido y degenerado, el principio de un convenio aceptable y provechoso. Cuando se diga la última palabra contra Mr. Churchill, siempre podrá defendérsele, diciendo que a partir de 1933, jamás se ha sentido dispuesto a traicionar en ninguna forma la causa que todos sabemos exige todo lo que poseemos y todo lo que somos.

## II

Afirmo esto respecto de Mr. Churchill, en parte, porque él se lo merece y en parte porque esa es la verdadera perspectiva, desde donde tiene que analizarse proporcionalmente su posición. Su indiscutible grandeza en el transcurso de estos últimos años se ha basado en la perfección con la cual ha simbolizado la resistencia de la nación a esas fuerzas que trataban de destruir, no solamente su independencia, sino que hasta la idea misma de la libertad—la condición que permite la posibilidad de esa libertad.

Pero debemos recordar que la grandeza de Mr. Churchill es una grandeza especial. En esencia, continúa siendo un liberal aristócrata del Sigio XVIII. El poco liberalismo que posee, es el de la compasión que siente el aristócrata por la miseria que ve en torno de él: no es su adaptación intelectual al mundo en el cual discierne la inevitabilidad y la imprescindible necesidad de esa transformación. La libertad, para él, parece depender de la creencia de que su clase es dueña permanente e indiscutible del Poder. Por ese motivo es por lo que jamás ha entendido el significado de la Revolución Rusa. Por ese motivo es por lo que se equivocó tan trágicamente en la época de la guerra civil de España. Esa es la razón por la cual durante tantos años se equivocó respecto de la naturaleza del Fascismo italiano. Precisamente porque Mr. Churchill es, en el fondo, un liberal del Siglo XVIII, no ha logrado entender realmente lo que está sucediendo en la India; eso es por lo que cometió tan graves errores en la época de la huelga general de 1926, y por eso parece apreciar el valor de las medidas de alivio social, pero no se da cuenta de la imperativa necesidad de las medidas que deberán iniciar la transformación social. El mundo en que él prefiere vivir es todavía el mundo de ostentosa magnificencia del cual tenemos referencias por diarios como el que llevaba Greville. Para él, el militar que triunfa en una gran batalla—no en vano desciende del Duque de Marlborough—el orador que escucha la encan-

tadora música de los estruendosos vivas parlamentarios, el estadista que "aconseja al Trono" con cordura—cada uno de éstos es la verdadera e inequívoca fuente de las transformaciones históricas.

Posee lealtad, magnanimidad e imaginación, virtudes todas del gran aristócrata. Es ese el motivo porque conserva subalternos a su servicio, de cuya incapacidad tiene sospechas, en forma parecida a la en que un gran lord continúa manteniendo a un lacayo cuando ya no puede servirle. Por eso es por lo que saluda a Stalin; porque al hombre que lucha por su misma causa, puede perdonársele casi todo, con tal de que se enfrente al peligro inmediato, resueltamente. Así es como él puede ver, que un hombre de estrecho criterio comercial como el de Mr. Chamberlain jamás pudo apreciarlo que el peligro provoca una especie de euforia, que exalta a los hombres hasta el grado en que el heroísmo es normal y corriente. También es generoso. A pesar de su impaciencia, de sus ráfagas de cólera y de la intensa hostilidad que en él provocan las nuevas ideas, le gusta el hombre que se le enfrenta, respeta a quien le critica y lucha en defensa de su opinión. Como el aristócrata, también, piensa dramáticamente y se esmera en forma subconsciente para que el historiador, dentro de un siglo, pueda citar sus frases. No entiende a la persona a quien no le gusta la lucha, al hombre callado, filosófico que ve más allá del momento actual y que trata de conocer las causas.

La historia, para él, es el movimiento dramático, de cima a cima; es espectáculo impresionante ante el cual el pueblo aclama a los grandes héroes y silba a los malos. La despaciosa, paciente acumulación de conocimientos que se revela al final en forma de arrolladora generalización, no le interesa sino hasta el preciso momento en que puede mostrarse la conquista decisiva, cuando el mapa del interior anuncia que el geógrafo puede ubicarse, como Cortés, orgulloso y sereno sobre la cima hasta donde ha llegado. Hubiera entendido perfectamente a Alejandro y a César, a Drake y Chatham y a Napoleón. Ser un gran jefe, ser el actor principal en el gran drama: eso, para Mr. Churchill, es vivir la vida plena, completa, satisfactoria de todas sus aspiraciones.

## III

En mi concepto, pues, Mr. Churchill es uno de los grandes anacronismos de nuestra época. La guerra que está haciendo, no es la que exigía la historia. El lucha contra Hitler, como luchó Marlborough contra Luis XIV, como luchó Pitt contra Napoleón. Las incontrastables fuerzas sociales que han provocado esta guerra no las siente, como no entiende tampoco los principios sobre los cuales se basa la Revolución Rusa. No le interesa, ni poco ni mucho, el mundo de la post-guerra, cuyos cimientos serán distintos. En parte, eso se debe a que como típico aristócrata liberal, aprecia la política según los partidarios que lo apoyan en la Cámara de los Comunes, o los que lo adversan; no se da cuenta de las fuerzas impersonales que plasman la historia. El entiende a Mr. Bevin, pero no el unionismo; a Herbert Morrison, pero no el Socialismo; a Lloyd George, pero no el liberalismo. Su apreciación es concreta y no abstracta.

Su imaginación es visual, y lo que más le impresiona es lo que él mismo ve. Puede simpatizar con toda la intensidad de su corazón generoso con los habitantes del East End de Londres, a quienes la guerra relámpago dejó en la calle; pero no le inspiran el mismo interés los mineros desocupados de Gales, ni los obreros sin trabajo en los astilleros de Jarrow. Puede dedicarse en cuerpo y alma a las cosas que le interesan; el proyecto de una batalla, por ejemplo, o algún proyecto de ley que haya resuelto apadrinar. Pero resulta difícil interesarle en algo que no le ataña directamente.

Como todos los hombres de nuestra época, cuyas raíces parten del gran liberalismo del siglo XVIII, Mr. Churchill es extremadamente individualista. Si se alega que entre 1906 y 1914, cuando estuvo afiliado al Partido Liberal, fué uno de los más ardientes partidarios de un programa "avanzado", creo que el hecho tiene dos explicaciones. En primer lugar, porque Mr. Churchill es gran aventurero, cualquier cosa que emprende la emprende con toda intensidad; y como en esa época, la acción era imprescindible, se lanzó de lleno a la lucha con todas sus fuerzas. En segundo lugar, nadie que estudie sus discursos de su época liberal, puede dejar de notar que era hijo de Lord Randolph Churchill; el espíritu de esos discursos era el de la democracia conservadora la cual, a su vez, era hija de Disraeli y de la Joven Inglaterra de los años 40. El verdadero Winston Churchill es imperialista y paternalista; cree en un gobierno fuerte, que ampare a los débiles contra el infortunio. No le interesa la organización de un mundo en el cual los débiles puedan defenderse ellos mismos. El igualitarismo social no le atrae. Odiaría al mundo en el cual no hubiera cabida para el romanticismo de los que construyen imperios. Su temperamento le impulsa a convertir toda controversia en combate, y una vez que ha empeñado sus fuerzas, aunque le encanta la lucha, trata desesperadamente de triunfar.

Utiliza las fuerzas de una Inglaterra cuyo trato con el destino él cree que a grandes rasgos ya está hecho. Su espléndido pasado le fascina hasta el punto de que le satisface como fuente de inspiración, cada una de sus instituciones y realmente cada una de sus posesiones las considera como si fuesen alguna histórica reliquia de familia, de la cual no puede consentir en desprenderse. Difícil le resulta considerar como colega, a quien no coincida con él en este sentido. Entiende bien a Cobbett, porque en ese intransigente y antiguo agitador se ocultaba un ardiente conservador. Pero Shelley, o William Morris, los Webb o Bernard Shaw y sus ideas le provocan en seguida profunda desconfianza. Esos pueden rechazar el pasado que él venera sin un sólo suspiro de sentimiento, o como Mr. Shaw, pueden reírse de sus ídolos sin creerse sacrílegos.

Mr. Churchill no hace conjeturas; una teoría no despierta en él interés sino que le provoca sospechas. Su costumbre de pensar se ha desarrollado en la Cámara de los Comunes en donde los miembros que ocupan las bancas del frente tratan, ya sea de sostenerse en el poder o de obtenerlo. Sus libros mismos, en realidad, vienen a ser discursos; y su vasta obra biográ-

fica de Marlborough, solamente puede juzgarse como contestación contundente a un voto de censura. De manera, pues, que el porvenir de Mr. Churchill depende más que todo, de si los problemas que confrontan a la Gran Bretaña, podrán solucionarse sin apartarse de sus tradiciones. Si esto llegara a lograrse, Mr. Churchill llegará al final de su vida pública, aureoleado de gloria; sino, podrá sucederle lo que al Duque de Wellington, después de la batalla de Waterloo: que resultaba un espléndido anacronismo sobreviviente de la época que había desaparecido. Sus mejores amigos desearán que al terminarse la guerra, se retire a escribir historia, que indudablemente, resultaria de tanto interés como la que escribió Tucídides; pero me temo que prevalecerán los consejos de aquellos que digan que el hombre que ganó la guerra deberá, cuando menos, inaugurar la paz. No se acordará él de su propia solemne advertencia de que un gran Ministro de Guerra, muy rara vez triunfa en la época en que se trata de consolidar las victorias.

Sus debilidades son monumentales; pero ningún adversario honrado dejará de reconocer que sus virtudes también lo son. Siempre ha demostrado extraordinario valor; siempre ha apreciado la audacia, cuando se ha necesitado; siempre ha odiado la maldad, cuando se ha dado cuenta de que se había cometido maldad. Durante toda su vida ha sido amigo leal, y enemigo generoso. Ha tenido imaginación y ha sentido compasión en forma grandiosa, proporcionadas a la cuna en que nació. Siempre se ha enfrentado al peligro serenamente, y mientras más negra ha sido la situación, más orgullosamente se ha expuesto a todos los peligros. Ha amado la vida en todos los aspectos en la que ésta exalta la virtud del militar. Ha sabido, como muy pocos, atraerse la leal cooperación de quienes han trabajado con él. No creo que la historia del porvenir le reconocerá la suprema virtud que ha distinguido quizás a media docena de estadistas en los últimos cuatro siglos convirtiéndoles en arquitectos definitivos de un nuevo mundo. Pero creo que el historiador del porvenir dirá de Mr. Churchill que en una de las horas más brillantes de la historia de su patria, ningún hombre hizo más para conservarle sus fuerzas y para mantener su dignidad.

Nueva York, sábado 18 de diciembre de 1943.

Traducido del inglés original de "The Nation". Nº 25. Vol. 157. Páginas 723 a 726.

---

Invitamos reiteradamente a los hombres reflexivos de la Nación a meditar las palabras del Evangelio: *"No se debe echar el vino nuevo en odres viejos; ni coser un pedazo de tela nueva y buena en un vestido viejo."*